Neosolteros 31/01/2014

Liuba Kogan

Investigadora de la Universidad del Pacífico

En el pasado reciente, los solteros no la tenían fácil, ya que eran vistos como personas que habían fracasado en el intento de conseguir cónyuge, caían bajo la sospecha de homosexualidad (“soltero maduro, maricón seguro”) o eran los hijos sacrificados por las familias para cuidar a los padres en su vejez (principalmente hijas, a quienes se les prohibía el matrimonio).

En resumen, ser soltero o soltera no era una prioridad para las personas, lo eran a pesar de su deseo de estar casados. Tener un cónyuge era una oportunidad para obtener reconocimiento social y facilidades para vivir existencias plenas: de hecho era difícil llevar una vida de soltero (con hijos o sin ellos), porque más allá del estigma social que se cargaba, no existían los servicios de los que hoy gozan los solteros para solucionar los retos de la vida cotidiana: lavanderías, limpieza del hogar, comida a domicilio y un largo etcétera.

Sin embargo, el modelo ideal de matrimonio fue cambiando a raíz de varios fenómenos sociales que llevaron a las mujeres a saborear los caminos de la autonomía económica, sexual o social. La Segunda Guerra Mundial empujó a las mujeres casadas al mercado laboral, dado que sus esposos estaban en el frente (los electrodomésticos se inventan para aliviar las labores domésticas de las mujeres trabajadoras).

Muchos países nórdicos de la posguerra brindaron derechos a las mujeres al margen de su estado civil, lo que revaloró su papel como mujeres y las convirtió en jefas de familia sin necesidad del matrimonio.

Por último –pero no menos importante-, los métodos anticonceptivos modernos propiciaron una revolución sexual que permitió a las mujeres disociar la sexualidad, el matrimonio y la maternidad. Estos fenómenos sociales transformaron la manera de ver el matrimonio propiciando nuevas formas de autonomía para las mujeres y para los hombres; sin embargo, la soltería resultaba aún sospechosa.

En la actualidad, parece asomarse otro tipo de solteros, los llamados neosolteros, quienes, a diferencia de los anteriores, ya no miran con añoranza el matrimonio, sino todo lo contrario.

Valoran su calidad de vida, su capacidad de consumo, vestir a la moda, frecuentar restaurantes y viajar. Tienen alto nivel educativo y disfrutan de altos sueldos. Pueden tener pareja eventualmente (pero no viven juntos) y gozan de libertad sexual. Afirman fehacientemente que no ansían casarse, tener hijos ni asumir responsabilidades familiares.

Si bien demógrafos y estudiosos del mercado de consumo y a habían notado la presencia de neosolteros en ciudades de países de gran desarrollo (en París y en Nueva York más del 50% de hogares son unipersonales), el video “35 años y soltera”, producido por la argentina Paula Schargorodsky y publicado por “The New York Times”, puso en agenda el tema en redes sociales y lo convirtió en una tendencia mediática mundial.

No cabe duda de que las maneras de entender la vida en pareja, el matrimonio, los hijos y la sexualidad se encuentran en cambio permanente en las últimas décadas. Por lo pronto, la buena noticia es que tenemos mayor libertad para escoger cómo queremos vivir.